

*tierno nacimiento de la dicha en los labios,  
en los seres vivísimos que yo amé en vuestras márgenes.*

Asimismo la visión del río, el cual sin duda se refiere al río de su ciudad de la infancia, se halla contemplado en el pasado (*el que miro de lejos, río que matinal atravesaste mi ciudad inocente*). Si bien el poeta aún oye el sonido de la espuma y de las guijas, su llamada es primordialmente hacia una contemplación en el recuerdo: *¡Oh río que como luz hoy veo, / que como brazo hoy veo de amor que a mí me llama!* (p. 495). El poema «Primavera en la tierra» (p. 520) reconstruye un paraíso de fuerzas vitales (*espíritus celestes vivificadores del hombre*) que coincide con la juventud y el nacimiento del amor. Su lejanía radiante en el pasado se halla contrastada con un presente que ofrece al poeta *cielos de plomo pesaroso* y hombres cubiertos con máscaras, mientras oye lejana la música de los sueños *en que escapan las flautas de la primavera apagándose*. Aun la luna, en el poema «Luna del paraíso» (p. 528), constituyó para el poeta un astro de plenitud que presidía su dicha inocente y cuya luz mágica y benéfica él veía identificada con el brillo del cuerpo de la muchacha. Asimismo el mar, en el poema «Mar del paraíso» (p. 534), se halla investido de una *luz eterna*, a cuyo contacto el poeta pronuncia los primeros nombres amorosos y descubre *la esplendente libertad de los seres*, convertida en canto en sus labios de niño.

En el conmovedor poema «Padre mío» (p. 573), el poeta evoca la sombra protectora de su infancia, con su calidad de fuerza y poderío (*frente poderosa, Alto, padre, como una montaña, vigor poderoso*), su luminosidad radiante y benéfica (*Por tu pecho bajaba una cascada luminosa de bondad*) y su condición de guía físico y espiritual (*Hasta la orilla del mar condujiste mi mano*). Esta evocación destaca la condición de huérfano del poeta en el presente, *caído sobre una hierba triste*. Finalmente, en «Ciudad del paraíso» (p. 582), la ciudad de Málaga, donde pasó su infancia, el poeta contempla a la ciudad como suspendida entre cielo y mar, nunca descendiendo y siempre durando, *voladora entre monte y abismo / ... con calidad de pájaro suspenso*. La «ciudad prodigiosa» emerge como un momento de creación en la mente de un dios, revelando la calidad de lo divino del sueño que la creó.

Esta perspectiva paradisiaca, de un mundo prístino y fúlgido, proyectada en el pasado, destaca, sin duda, la condición de un presente antiparadisiaco en la conciencia del poeta. La curva parabólica de nacimiento, plenitud, vuelo ascensional y fuerza vital que había hallado culminación en los poemas de *La destrucción o el amor*, se con-

vierte en vacío cósmico opresivo en los poemas de *Mundo a solas*. En *Sombra del paraíso*, la conciencia del poeta descubre la inexorable dimensión de la temporalidad del ser, la cual a su vez introduce una perspectiva de descenso y de movimiento de regreso. El poeta, que ha sido abarcador de los espacios siderales, partiendo de la elementalidad terrestre de su conciencia, se lanza ahora a la busca de una plenitud espiritual que tan sólo puede encontrar en un pasado paradisiaco. Por esta razón, la fulgidez y hechizo de este mundo mágico, a pesar de ser reconfortante, viene a revelar la radical orfandad del hombre sobre la tierra. El poeta se siente triste en su condición de ser abandonado e impotente. El último poema del libro «No basta» (p. 595) recapitula las poderosas conquistas hechas por la conciencia poética en su movimiento progresivo de expansión y en la amplitud abarcadora de su mirada penetrante en los misterios del universo. Para el hombre-poeta no basta, sin embargo, la iluminación de su frente (*sentí iluminarse mi frente*) o el que sus labios encuentren la modulación de una luz invisible, o también el que reciba el destello del pensamiento estelar (*Una nube con peso, nube cargada acaso de pensamiento estelar*). El hombre-poeta se da cuenta que la iluminación poética es tan sólo una ráfaga repentina de luz que sólo va a acentuar por ello mismo, en el fondo de su conciencia, el vacío cósmico, la ausencia de Dios, la soledad absoluta:

*El cielo alto quedó como vacío.  
Mi grito resonó en la oquedad sin bóveda  
y se perdió, como mi pensamiento que voló deshaciéndose,  
como un llanto hacia arriba, al vacío desolador, al hueco.*

*Sobre la tierra mi bulto cayó. Los cielos eran  
sólo conciencia mía, soledad absoluta.  
Un vacío de Dios sentí sobre mi carne,  
y sin mirar arriba nunca, nunca, hundí mi frente en la  
arena  
y besé solo a la tierra, a la oscura, sola,  
desesperada tierra que me acogía.*

El hombre-poeta termina por confesar su invalidez a la sombra protectora de su madre, como antes lo había hecho con la figura del padre, la cual es asimismo de raíz paradisiaca: *¡Oh madre, madre, solo en tus brazos siento / mi miseria! Solo en tu seno martirizado por mi llanto / rindo mi bulto, solo en ti me deshago*. El poeta pide que su propia arcilla se extinga nuevamente en el seno de su madre, a fin de poder sentir allí el vacío de *tinieblas calientes* y serle dado contemplar entonces *la promesa de Dios, la presentida frente amorosa*, mientras suena la música universal que irradia amor. En la

última súplica a su madre, el poeta pide, además, que le permita decirle su secreto con ternura, echado él sobre su seno hermoso: *mira mi lágrima / besarte; madre que todavía me sustentas, / madre cuya profunda sabiduría me sostiene ofrecido*. La sabiduría se encuentra así, finalmente, no en el amor pasional, ni siquiera en el destello del pensamiento estelar de origen divino, sino en el calor maternal, en el amor compasivo que sabe comprender y que da sustento al dolor del hombre.

Por otra parte, el poeta ha descubierto en la dimensión de la temporalidad de la conciencia y de su acuñación mortal en materia deleznable los límites inexorables que la asedian y la imposibilidad de encontrar los orígenes más remotos de las cosas. En el poema «Al hombre» (p. 576), el *hijo de la luz* surge del barro para transitoriamente brillar un momento sobre la tierra y volver luego a su apagada patria. La *arcilla finita* que erige su *vacilante forma* no debe desafiar al sol poderoso que le presta compasivo su *cabellera de fuego*. Su incandescencia es solamente temporal. Su soberbia *masa corporal* debe tener presente el declinar del sol:

*Mas mira, mira que hoy, ahora mismo, el sol declina tristemente  
en los montes.*

*Míralo rematar ya de pálidas luces,  
de tristes besos cenizosos de ocaso  
tu frente oscura. Mira tu cuerpo extinto cómo acaba en  
la noche.*

*Regresa tú, mortal, humilde, pura arcilla apagada,  
a tu certera patria que tu pie sometía.*

*He aquí la inmensa madre que de ti no es distinta.  
Y, barro tú en el barro, totalmente perdura.*

Asimismo, en el poema «Destino de la carne» (p. 580) el poeta contempla la finitud del mundo en su sucesión indefinida de carne fugaz, que nace para ser chispa de luz y luego disiparse en la nada sin memoria. Es inútil que la lengua exalte esta luminosidad fugaz, que desaparece luego, sin esperanza. Sin embargo, la conciencia llega a aprehender la perpetuidad de la vida, a través de los cuerpos y formas que se suceden los unos a los otros, rodados desde *un océano sin origen*, multiplicados y monótonamente iguales: *Cuerpos que mañana repetidos, infinitos rodáis / como una espuma lenta, desengañada, siempre*. La conciencia poética ha descubierto, así, el hecho de que el hombre es fundamentalmente un ser desterrado del paraíso y que tan sólo puede estar lejanamente a su sombra, ya se trate del mundo mágico de la infancia, o de la incandescencia del amor pasional, o del momentáneo brillo fúlgido que ilumina transitoria y limita-

damente las honduras del universo. La soledad de la conciencia en el cosmos sólo podrá hallar refugio momentáneo en la compañía mutuamente compasiva y amorosa con la amada, y también en la compañía con los demás hombres.

Los poemas de *Historia del corazón* (1954), el siguiente libro de Aleixandre, reafirman el destino de transitoriedad de todo lo humano. Ya en el primer poema de la colección, «Como el vilano» (p. 683), el tema es precisamente el de la amada transitoria que sólo por un instante se entrega: *todo conspira contra la perduración sin descanso de la llama imposible*. En «Mano entregada» (p. 686) una zona del cuerpo femenino se rehúsa a la total entrega (*una zona triste de tu ser se rehúsa*), a la penetración hasta las hondas venas. También en el poema «La frontera» (p. 688) la piel de la amada establece una separación de imposible traspase, haciendo inalcanzables los *aromas remotos* que surgen de su cuerpo. Aparece, asimismo, en estos poemas la injusticia del amor, consistente ésta en el hecho de que el amante a veces no puede retornar calurosamente el amor de quien lo ama por estar su verdadero amor en otra piel («Otra no amo», p. 690), como también por el hecho de que él es la víctima del abandono de su último amor («El último amor», p. 703). Por último, se encuentra en este libro, dentro del contexto del amor pasional, el estado de serenidad y calma de los cuerpos que han llegado a ser coronados de un fuego que no quema, una vez que el amor ha sido consumado («Después del amor», p. 693, y «Coronación del amor», p. 697).

Por otra parte, surge en *Historia del corazón* lo que podría denominarse «historia amorosa» o biografía amorosa de una amada continuada, de una pareja de amantes que se perpetúa en el tiempo y se sostienen el uno al otro, en la inevitable trayectoria del debilitamiento corporal y envejecimiento de los dos. La amada continúa manifestándose en su corporeidad esencial, pero ésta se revela principalmente en los efluvios sensualmente espiritualizados que penetran el ámbito temporal del amante. En el poema «El alma» (p. 737) la amada es, al amanecer, *carne casi soñada*, en la que el amante puede tocar despacio *el inoible rumor del alma pura*. Se trata de un alma que se manifiesta en ondas (*ondas de alma*), un *alma olorosa, espíritu que se realiza* y comunicación que trasmite y trasciende en su *dibujo bellissimo*, y que permite al amante su engolfamiento en la dicha. También se presenta en estos poemas, los cuales se hallan agrupados en la sección del libro titulada «Realidad», el tema de la amada como compañera perpetua y segura. En «Tierra del mar» (p. 739) el poeta proyecta una felicidad de vida en compañía, en la cumbre de una colina en la cual los días han pasado en dulce calor y templanza,